

BT 1315

M 6

V 4

---

SIGLO DÉCIMO NONO.

INTRODUCCION.

I.

Grandeza del Catolicismo.

Desde los tiempos de los Profetas, el catolicismo habia sido anunciado como primer elemento civilizador del mundo: su objeto fué rectificar las ideas extraviadas de los hombres, abolir los antiguos errores, instituyendo en su lugar verdades consoladoras, ilustrar su entendimiento y purificar su corazon de los vicios que le degradaban, mostrándole el camino de la gloria á través de los ásperos senderos de las virtudes, unas no conocidas y otras no practicadas por los antiguos pueblos. En una palabra, hacer conocer al mundo que en Jesucristo, *camino, verdad y vida*, en su doctrina tan benéfica para la humanidad, y en su Iglesia depositaria de todas las grandes verdades, maestra y señora del mundo, se halla la personificacion del verdadero progreso, y el único

elemento de dicha y de bienestar así para los pueblos como para los individuos.

Todo cuanto habia de suceder en la série de los tiempos, cuantas vicisitudes habia de experimentar la Iglesia, las grandes olas de persecucion que contra ella habian de levantarse en todos los siglos, estaba escrito por el dedo de Dios en las páginas de los libros santos; de suerte que la historia de la Iglesia puede leerse así en el antiguo como en el nuevo Testamento.

Llegados ya á la última parte de nuestro trabajo y habiendo dado cuenta minuciosamente de las herejias, los cismas y los errores que aparecieron durante los siglos transcurridos desde el establecimiento de la Iglesia hasta la terminacion del siglo XVIII, nos es preciso extendernos en esta Introduccion para demostrar la grandeza de esta Iglesia, columna y firmamento de la verdad, á la que no han podido conmover los esfuerzos de los poderosos del mundo, y que cuenta sus triunfos y sus victorias por el número de batallas que la han sido presentadas.

Para un hombre de recto criterio, debe ser suficiente fijar la atencion por una parte en los grandes esfuerzos hechos por la herejía, por los poderosos de la tierra, por el filosofismo para destruir la Iglesia, y por otra parte en los admirables triunfos de ésta, conseguidos sin ejércitos, sin apoyo humano y sólo por su virtud, para que incline la cabeza y reconozca que sólo en ella está la verdad, que es la personificacion sublime del progreso religioso y social, y en una palabra, la verdadera Arca dentro de la cual únicamente podemos salir á salvo del diluvio de los males del mundo,

y descansar un dia sobre los altos montes de la gloria.

Llegada la plenitud de los tiempos, Jesucristo, Hijo de Dios, Dios mismo, que por nosotros y por nuestra salud descendió del cielo, revistiéndose de nuestra humana naturaleza y cargando con todas nuestras miserias excepto el pecado, despues de haber vivido por espacio de treinta años en el hogar de una familia desvalida, abrió principio á su obra de civilizacion, abriendo los cimientos de un edificio imperecedero que debia sobrevivir á los siglos y durar más que todas las generaciones.

Todo lo que estaba escrito acerca de la persona adorable del Salvador; cuanto por inspiracion divina habian visto los profetas á través del tupido velo de los tiempos, se realizó al pié de la letra. El fundador del nuevo culto atravesó un período de humillacion mezclado de gloria: para él hubo honores y oprobios, grandes ovaciones y groseros insultos; quisieron las turbas, á vista de sus milagros asombrosos, proclamarle rey, y más tarde sus implacables enemigos doblaban ante él una rodilla saludándole como rey de bur-las. Por último, despues de haber esparcido el gérmen de una doctrina santa, celestial y divina, subió al monte de la mirra con el objeto de consumir su obra, reconciliando al hombre delincuente con el Eterno Padre ofendido, y dar al plan divino que se habia trazado el desarrollo conveniente para que su obra se propagase en todas las extremidades de la tierra. Aquella cruz elevada en la cumbre del Gólgota, en la que el Hijo de Dios hecho hombre realiza el cruento sacrificio de su vida, es el punto divisorio entre el mundo antiguo y el moderno, entre el mundo de las profecias y de

las realidades, entre el mundo del pecado y el mundo de la gracia. El postrer suspiro de Jesús moribundo es el anuncio de que la redención humana está realizada, de que ha sido rota en mil pedazos la escritura de la maldición del hombre, y que éste ha dejado de ser esclavo para gozar de su libertad perdida. Desde allí Jesucristo pone un dique á todos los errores, señalando los límites del progreso humano: desde aquella cátedra sagrada, donde aparece como pecador el santo, afeada la hermosura misma, cubierto de sangre aquel rostro en el que se miran los ángeles del cielo, enseña al mundo las más grandes virtudes que eran hasta entonces desconocidas, santifica la humillación y la pobreza, y en el mayor desamparo y desnudez el que es dueño absoluto del cielo y de la tierra, dice con muda y elocuente voz:— Venid á mi los que sois víctimas de las calumnias de ese mundo corrompido; venid á mi los pobres, venid los desamparados, los que padecéis persecución por la justicia, que yo os acogeré: venid á mi todos los oprimidos, todos los que os halláis cargados con el peso de las desgracias y de las aficciones, que vuestro es el reino de los cielos, que yo os he rescatado con mi afrentosa pasión y dolorosa muerte. En mi encontrareis el consuelo de que tanta necesidad tenéis, porque yo solo puedo convertir en gloria vuestras desdichas.— Los que se desesperan por el peso de las tribulaciones no han fijado su vista y atención en el Dios del Gólgota, en el Santo de los santos, en el que es la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, y que voluntariamente y por nuestro bien aparece agobiado bajo el peso de las mayores tribulaciones, y muerto cual un criminal siendo la misma vida.

Aquel acontecimiento extraordinario inauguraba una época de amor, aboliendo para siempre el imperio del terror: proclamaba la fraternidad humana, dando un golpe mortal al egoísmo encarnado en las entrañas de la sociedad; devolvía al hombre sus primitivos derechos, y le daba el cielo en cambio de la tierra. Y todo esto sucedía entre los gemidos de la sagrada víctima que en el ara de la cruz se ofrecía al Eterno en hostia pura, santa é inmaculada, y en tanto que corría la deificada sangre que lavaba las maldades del mundo.

Empero fijemos la atención en el gran acontecimiento y en sus consecuencias. ¡Qué débil es la razón humana! Un judío oscuro, reputado hijo de un simple artesano, oriundo de un país del que se preguntaba si podía salir algo bueno (1), ¿será el que venga á renovar el mundo? Un hombre humillado hasta el suplicio de los esclavos, ¿será el que dará la libertad al mundo? Un judío que muere en una cruz, acusado de haber querido sembrar el desorden y la rebelión en su país, que al decir de sus jueces *había pretendido usurpar los derechos de la divinidad* (2), y que expía este supuesto delito en un patíbulo, ¿será el que concluya con todas las antiguas supersticiones, el que suarice las leyes, el que haga comprender al hombre el valor de su dignidad, el que entronice en toda la tierra un culto, una religión que reasuma en sí todos los principios de orden y de bienestar público y privado, y los elementos de la positiva y verdadera civilización? ¿Será éste el llamado á rectificar las

(1) Joan., 1, 46.

(2) Matth., xxvii, 43

ideas todas y á dar á los humanos altísimas nociones de Dios, de su justicia eterna y de su admirable providencia? Es indudable. Y tales son las demostraciones que hace la naturaleza, que los verdugos huyen precipitados de aquel lugar de sangre, y no falta quien exclama atónito: *Verdaderamente este era Hijo de Dios* (1).

Jesucristo, resucitado y glorioso, se aparece á sus apóstoles, los reúne en torno suyo, y mostrándoles la cruz como primer elemento civilizador de las naciones, los envía á todos ellos á anunciar la buena nueva, á predicar el Evangelio y á bautizar á todas las gentes en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles á cumplir todas las cosas que él les había mandado.

Y ¡qué maravilla! Doce pescadores sin instrucción alguna ni conocimiento de las ciencias, pobres, pues sólo poseen sus miserables barquillas, sin reputación entre las gentes, se reparten el imperio del mundo, y sin otras armas que la cruz, signo glorioso de la redención de la humanidad, empiezan sus conquistas: pero no hay que compararles con los conquistadores que por sus hazañas se hicieron célebres en diversas épocas: ellos no llevan el objeto de avasallar á sus semejantes y uncir á su carro de triunfo, víctimas sacrificadas á la ambición y el orgullo: ellos no van á sembrar de cadáveres los pueblos por donde transitan; antes por el contrario van á llevar la paz á todos los hombres y á todos los pueblos, la paz universal: van á ilustrar los entendimientos, ellos que repentina y maravillosamente han sido ilustrados por el Espíritu Santo; van á dar una mano al esclavo, sa-

(1) Marc., xv, 39.

cándole del embrutecimiento intelectual y moral á que se hallaba condenado por la terrible ley de la fuerza; á enseñar al poderoso y al mendigo que todos son hermanos, hijos de un mismo Padre, que los ha de juzgar á todos; á echar por tierra las antiguas preocupaciones y los cultos extendidos en el mundo como obras de la ignorancia y de la malicia; á combatir los vicios arraigados en las sociedades, pregonando por doquiera un nuevo reinado de virtud, de legalidad y de justicia, enseñando el ejercicio de la caridad, virtud santa, precepto nuevo, hasta entonces ni practicado ni conocido. Van en suma á predicar no esa igualdad y fraternidad decantada por los modernos reformadores, que escudan con tales palabras la más odiosa tiranía, sino la verdadera igualdad, la verdadera fraternidad de los hijos de Dios. Y el mundo oye maravillado á aquellos hombres extraordinarios.

Por ministerio de estos hombres escogidos el principio de la civilización penetra en todas partes: la palabra regeneradora resuena en Acaya por labios de Andrés, al tiempo que Santiago el menor predica en Mesopotamia y que Tomás consigue grandes triunfos en la India, así como Felipe en la Frigia, Simón en Egipto y Matías en Judea. Pedro, el príncipe de los apóstoles, predica en Jerusalem, y dirige después sus pasos á Roma, á la misma capital de los emperadores para establecer el culto católico sobre las ruinas de los ídolos; Juan trabaja con incansable celo en el Asia, y Jacobo, el astro luminoso de la Iberia, terror que había de ser de las huestes agarenas, se dirige hasta llegar á las columnas de Hércules, y su voz déjase oír en el feliz y venturoso reino de España.

¿Y quién no vé ya en estas victorias admirables, en estas grandes conquistas, en los triunfos que por doquier alcanza la doctrina evangélica, la grandeza del catolicismo? ¿Quién no vé en esta obra, á todas luces portentosa, el dedo de Dios? Esta doctrina hace al fin bambolear sobre sus pedestales á los falsos dioses del imperio que al fin caen reducidos á menudos fragmentos, levantándose sobre sus ruinas los altares del verdadero Dios, asentándose los cimientos de una sociedad nueva, de un poder espiritual en oposicion á los grandes excesos del poder armado y de un órden maravilloso.

Al cabo de cuatro mil años se presenta la civilizaci6n cristiana como único remedio, que ya podia esperar el mundo embrutecido, y que parecia tocar á su próximo aniquilamiento, para decir á los hombres que todos son hermanos y herederos del reino de Jesucristo; para decirles que hasta los mismos enemigos son dignos de nuestro amor y de nuestros beneficios; que no hay distincion alguna entre el judío y el gentil, entre el siervo y el libre, entre el griego y el romano, porque no hay más que un Dios que lo es igualmente de todos (1), y el poderoso no tiene más derechos que el pordiosero á la herencia celestial; y con estas máximas tan sublimes que no conocieron ni aun soñaron los grandes filósofos del paganismo, combate el orgullo del rico poniéndolo al nivel del menesteroso, haciéndole conocer el deber en que está de remediar la miseria del pobre, al tiempo que á éste le levanta del abatimiento en que se encuentra, diciéndole que es igual en derecho á los podero-

(1) Non est distinctio Judæi et Græci: nam idem Dominus omnium. *Ad Rom.* xix, 12.

sos, que practicando las virtudes puede alcanzar el reino de los cielos y recordándole que Jesucristo llamó á los pobres bienaventurados.

¡ Ah! Desde aquel momento feliz en que la cruz salvadora aparece coronando la cumbre del Capitolio, y cuyos brazos se extienden de una á otra parte como para abrazar á la humanidad entera, vemos que se suavizan las costumbres, que cambian los instintos feroces, que se apaga la ferocidad guerrera de los descendientes de Rómulo, que quedan abolidos los sacrificios cruentos, que desaparece la crueldad de los vencedores para con los vencidos, el asesinato autorizado y otros crímenes que ennegrecian el cuadro social, entrando la humanidad en el camino de la civilizaci6n verdadera, razonable, moral que lo dió una nueva y hermosa faz.

¿Qué más? ¿Quién ha obrado estos prodigios? « Es el código civilizador del Evangelio, que atravesando siglos y distancias inmensas, aquí contiene las hordas del Norte y las hace plegar ante el Crucificado, y las da leyes, y las reúne en cuerpo de naci6n, y las hace servir al desarrollo de la civilizaci6n, dejando por doquiera gérmenes fecundos que andando el tiempo debian producir inmensas consecuencias sociales; allí se pone á la cabeza de las grandes empresas, funda las Cruzadas, y á la voz de un pobre ermitaño recorre la Palestina, se opone al poder de la media luna, lucha en diversos países contra el Islamismo, personificaci6n del servilismo intelectual y social, hace prodigios de valor, y le arranca millares de victimas, trofeos gloriosos del Dios del Evangelio. Ora se asocia á las concepciones

más gigantescas, y atrevesando mares desconocidos con Vasco de Gama y Cristóbal Colon descubre nuevos mundos, planta el árbol civilizador de la cruz en medio de los eternos bosques de América y en las orillas de sus inmensos ríos, marcha tras las hordas salvajes para enseñarlas, junto con la unidad de Dios, la unidad de la gran familia humana, y logra á fuerza de tiempo y de abnegacion formar de unos pueblos estúpidos é insociables, pueblos civilizados y discipulos del Hombre Dios.

«Empero ¿quién será capaz de desenvolver en un breve discurso, no digo todas, ni siquiera una pequeña parte de las bellezas de ese gran principio civilizador? Ni es posible, ni lo intentaremos tampoco. Por lo demás las grandezas del catolicismo en este punto son bien conocidas. El preside todas las obras colosales del humano ingenio. Inspira á los grandes artistas y crea esos soberbios monumentos de la arquitectura que están proclamando en alta voz la mágica influencia del elemento que los empezó y llevó á cabo para admiracion de los siglos venideros. Se asocia al pensamiento de los grandes pintores, y produce esos bellos lienzos de Rafael, Miguel Angel y otros de diversas escuelas, que bajo su inspiracion han llevado ese hermoso arte hasta un punto de perfeccion inimitable. Hasta la poesia y la música deben al catolicismo sus más brillantes producciones, sus asombrosos adelantos, sus más tiernas escenas, y esa especie de fascinacion que causan en el alma sus melodiosos acentos. Nada hay, en una palabra, de grande, de importante y útil, nada bello y digno de consignarse en la historia de la humanidad, en que no haya tomado una parte

activa el catolicismo, llamado á ser el principal elemento de civilizacion y de progreso intelectual y social en todas las naciones y en todos los siglos. Ahí está la historia; abiertas están sus páginas para todos cuantos deseen evidenciar esta verdad importante. Nosotros no necesitamos recurrir á su testimonio, porque estamos intimamente convencidos de ella (1).»

¿Qué podemos añadir á tan precioso razonamiento? ¿No es todo ello palpable? ¿Encontramos alguna obra verdaderamente grande, que no lleve impresa el sello del catolicismo? ¡Y aun hay hombres que neciamente le acusan de enemigo de las luces y del progreso de los pueblos, que sólo al catolicismo deben su civilizacion!

Y esta acusacion nunca se ha repetido tanto como al presente. Engreidos los hombres y enorgullecidos por los adelantos y descubrimientos de las ciencias, quieren hacer incompatible la religion con el progreso, los dogmas con aquellos adelantos, el Evangelio santo y civilizador con las nuevas teorías; y de aquí esa guerra incesante que viene haciéndose al catolicismo. ¡Insensatos! Están ciegos para no conocer que en él está el gérmen, el desarrollo de la verdadera civilizacion, del verdadero progreso: en el catolicismo, que nos enseña que somos hijos de Dios, y no en esa ciencia moderna que, arrastrando por el lodo nuestra dignidad, pretende hacernos de la familia de los irracionales.

Hemos hablado de la grandeza del catolicismo. Ya le hemos visto en la série de los siglos combatido del modo más despiadado por multitud de sectarios: le hemos visto su-

(1) Troncoso: Nov. Bib. de Predic. Tom. I, pág. 11 y 12.

abjurar, por una recrudescencia de apego al error en que aun persisten.

La cuestion, llevada á este punto, debia naturalmente tomar proporciones inesperadas. Por casualidad, una persona respetabilísima fué á visitar el castillo, ó la quinta del difunto M. de Montalembert, en Roche-en-Brenil, y en la capilla de esta quinta halló una inscripcion, que, de pronto, le dió que pensar, pareciéndole, desde luego, tan significativa como trascendental. A su regreso á Paris, la comunicó á Mr. Veullot, quien, sorprendido, á su vez, al leer una copia exacta de esa inscripcion de Roche-en-Brenil, creyó descubrir en ella intenciones sospechosas, que se ocultaban, ó se revelaban en aquellas palabras solemnes, á las cuales el estilo lapidario dejaba su concision, sin comunicarles su elegancia.

Hé aquí esta inscripcion, cuyo texto y forma no han sido todavía contestadas. Así es, que cada uno podrá juzgar por la impresion que le produzca su lectura.

In hoc sacello Felix aurelianensis  
episcopus panem verbi  
tribuit et panem vite christianorum amicorum  
pusillo gregi, qui pro Ecclesia liberá in liberá patriá  
commilitare jam dudum soliti  
titidem Deo et Libertati annos vite reliquos devovendi  
pactum instaurarunt. Die octobris XIII  
Anno Domini MDCCCLXII.  
Aderant Alfredus comes de Falloux,  
Theophilus Foisset,  
Augustinus Cochín, Carolus comes de Montalembert,  
absens quidem corpore præsens autem spiritu  
Albertus princeps de Broglie.

*Traduccion.*

En esta capilla, Félix obispo de Orleans distribuyó el pan de la palabra y el pan de vida á un pequeño rebaño de amigos cristianos, que, acostumbrados, desde largo tiempo, á combatir por la Iglesia libre, en el Estado libre, han renovado el pacto de consagrar los últimos años que les restan de vida á Dios y á la Libertad.

El día 13 de Octubre del año del Señor 1862.

Estaban presentes, Alfredo conde de Falloux, Teófilo Foisset, Agustin Cochín, Carlos conde de Montalembert, ausente con el cuerpo, mas presente en espíritu, Alfredo principe de Broglie.

Este asunto dió lugar á una larga polémica, entre M. Veullot y M. el abate Lagrange, Vicario general del obispo de Orleans, quien en el *Correspondant*, publicó un artículo titulado: *Una página de la vida de M. de Montalembert*. Concediéndole á M. el abate todo lo que pide, y mas de lo que pide, á saber, que Mons. Dupanloup no dijo ni una sola palabra, ni hizo alusion alguna al catolicismo liberal en su breve sermon, y que la expresion *Iglesia libre, en el Estado libre*, significa la Iglesia libre en la parte libre, falta todavía mucho para justificar gran parte de las sospechas que esta inscripcion debió suscitar.

En primer lugar, tenemos una reunion solemne; tanto, que las personas legitimamente impedidas de asistir á ella, debian hacer constar su ausencia y consignar su voto. Los asistentes eran todos personajes célebres por sus combates á favor de la Iglesia libre, y el pais legal libre. Ahora bien;

friendo los terribles ataques de los cismas y de los errores, y hemos contemplado al filosofismo llevando sus esfuerzos y trabajos hasta los últimos lindes para destruirlo, sin haber conseguido otra cosa que coronarle de victorias admirables.

Hoy mismo vemos al pontificado despojado por los modernos revolucionarios, el vicario de Jesucristo, como en esclavitud, arrebatada su libertad y siendo objeto de escarnio para muchos poderosos de la tierra, y sin embargo ¿quién no fija su atención en el Vaticano? ¿Quién no vé esas continuas peregrinaciones de católicos que de todas partes acuden á prosternarse ante el padre y maestro infalible de todos los hijos de la Iglesia? Las ofrendas de todo el mundo llegan al palacio apostólico, para que no pierda su esplendor y su grandeza la cátedra de Pedro, y éste en su sucesor recibe continuos homenajes de amor, de respeto y de veneración, en tanto que sus poderosos enemigos, los príncipes que volviendo las espaldas al pontificado y que han visto tranquilos su despojo, sin moverse á defenderlo, viven en la mayor zozobra, faltos de reposo y amenazados en su vida por esa misma revolución que ellos han fomentado, por esas doctrinas impías que han ayudado á fomentar, ó cuya propagación no han querido ó no han sabido evitar. ¿Quién, pues, no vé claramente la grandeza del catolicismo?...

## II.

### El liberalismo-católico.

Ya creemos haberlo dicho en otro lugar de esta obra: cuando hablamos del liberalismo no queremos confundir

esta palabra con la de libertad. Una cosa es la verdadera libertad, la libertad de los hijos de Dios, la que tiene por objeto destruir el orgullo humano y cuyo objeto es el bien de la humanidad, efectuado dentro del cumplimiento de la ley divina, en la que tiene sus límites, y otra es el liberalismo, hijo legítimo de la revolución, como ésta lo es del francmasonismo, y cuyo objeto es romper todo freno de autoridad, conculcar todas las leyes, perseguir á la Iglesia y sus ministros, fomentar las pasiones é inbuir á los pueblos en las más impías doctrinas, haciéndoles creer que no deben acatar más autoridad, ni tener otro catecismo de doctrina que los caprichos del corazón y las veleidades del entendimiento.

Tal vez al llegar á este punto diga algún lector: «Ese no es el liberalismo; es la demagogia.» Ya demostraremos que mientras más avanzado es el liberalismo, mayor es su guerra contra el catolicismo, y aun contra toda religión positiva. Se reputa por más liberal, en el sentido que hoy se dá á esta palabra, al que más se desvía de la Iglesia y de la religión, y es suficiente el ver practicar á uno cualquier acto de piedad para ser por sus compañeros tratado de reaccionario.

Empero aquí no es nuestro principal objeto tratar de los enemigos de fuera, sino de los de dentro, de los de casa, de los que se titulan *católicos-liberales*, como si fuera posible conciliar el catolicismo con el liberalismo, lo que valdría tanto como querer unir la luz con las tinieblas. Hay una escuela, por desgracia, muy extendida por todas partes, compuesta de hombres que, afectos á la revolución, dando por



Este cisma, es tanto más criminal, cuanto más conocida es su historia. Se remonta al año 89, ó poco más allá. ¡Dios y Libertad de la Roche-en-Brenil! ¿Quién fué el autor de este monstruoso maridaje? El patriarca de Ferney, al bendecir al hijo de Francklin, y armarle caballero de la sociedad moderna. ¿Quién ha vuelto á adoptar este lema de Voltaire, olvidado desde la gran revolucion, y quién lo ha traducido del inglés, su idioma primitivo: *God and Liberty*, en francés: *Dieu et la Liberté*? El abate de La Mennais, poniendo este epigrafe en su periódico, *L'Avenir*, condenado por la Enciclica *Mirari vos*. ¿Quién ha levantado de la tierra, donde los anatemas la habian arrasado, esa divisa, y la ha tributado los honores del lenguaje litúrgico, grabándola en latin en una piedra de la capilla de la Roche-en-Brenil, *Deo et Libertati*? ¡Ah! demasiado se sabe! Ni la caída del solitario de la Chenaie, ni la condenacion de Gregorio XVI, han podido evitar tamaño escándalo. ¡Siquiera el *Syllabus* hubiese podido abolirlo! Mas no, la inscripcion ha sobrevivido seis años al *Syllabus*, bajo la custodia de M. Montalembert; ocho años, bajo la de M. Cochín, que la celebró al trazar el panegirico de su maestro y amigo; y diez años, bajo la de M. Falloux, quien en el *Correspondant* de 1874, no tuvo reparo en afirmar, que los dos polos del mundo religioso, moral y político eran: Dios y Libertad.

Algo más podríamos hacer, que contentarnos con comparar el *Syllabus* á la fatal inscripcion; sin embargo, se nos acusa de que nos inquietamos por el viento que de la Roche-en-Brenil sopla sobre la juventud cristiana, en vez de procurar que sople sobre ella, desde la roca del Vaticano.

Al parecer, obramos movidos por celos! Pero ¿quién se ha demostrado más inquieto que el papa, por este falso impulso dado á los espiritus? Desde el concilio ecuménico Vaticano, el Sumo Pontifice, en sus numerosas y admirables alocuciones, á los que han ido á visitar los sepulcros de los Apóstoles, único consuelo que sus carceleros le permiten en su cautividad, no ha cesado de llamar la atencion del mundo católico sobre el catolicismo liberal. Y cuando vino la *Commune*, y espantó al mundo entero, dijo á los hombres y á las mujeres que le rodeaban: No lloreis por vuestros monumentos incendiados con petróleo; llorad, si, por vuestros hijos, á quienes el virus católico-liberal puede inficionar. Hace ya dos años, que va multiplicando los breves dogmáticos contra el catolicismo liberal.

M. el abate de Lagrange regresa de Roma. Se ha hospedado en el palacio Borghese. ¿Ha oido algo en la ciudad eterna, que contradiga lo que acabamos de decir? ¿Qué es lo que allí se piensa de la inscripcion de la Roche-en-Brenil? ¿Cree tal vez, que todavía no ha llegado el tiempo de borrar esta página de M. de Montalembert, más bien que ponerla de relieve, como lo hace? Si esta desgraciada inscripcion desapareciera, aunque fuese por obra de la familia del difunto, y no por obra suya, la memoria de M. Montalembert ¿no ganaria mucho á los ojos de sus amigos verdaderos, y de los numerosos admiradores de su talento? ¿No es probable, que desapareciendo la inscripcion, con la dispersion de estas letras escritas por él, se dispersaría tambien la falange extraviada, á cuyos individuos mantiene reunidos esa funesta produccion suya?

según sus propias explicaciones, el país no es libre, en el sentido que atribuyen á esta palabra, sino en cuanto disfruta de las cuatro libertades constitucionales, á saber: libertad de culto, de educación, de imprenta y de asociación, y en cuanto posea un parlamento, bajo la base del sufragio universal, ú otra parecida. La Iglesia no es libre en el seno de esta patria libre, sino por el derecho de que disfrutaban todos los ciudadanos; derecho que excluye los antiguos privilegios é inmunidades. El objeto principal del pacto, y que los asociados juraron de nuevo, es su consagración á Dios y á la Libertad. Este último punto ha pasado casi inadvertido en la defensa de M. el abate Lagrange; y, tal vez, sea éste el punto capital.

En efecto, Dios y Libertad ¿significan algo parecido á lo que significaba, bajo la Restauración, el lema: Dios y Rey, á los cuales, dado que la expresión fuese aceptable, debía uno consagrarse de una manera desigual? Las palabras *Dios y Libertad* ¿deben entenderse como entendía san Luis esta inscripción grabada en su anillo: Dios, Francia y Margarita, de la cual decía el santo Rey: Yo solo amo á aquellos cuyos nombres llevo grabados en mi anillo? La devoción de los nuevos caballeros ¿se divide entre Dios y la Libertad, en la debida y necesaria proporción? Los comentarios oficiales demuestran que no se trata aquí de una adhesión equilibrada entre Dios y la Libertad, de suerte que no se quisiera servir á Dios sin la Libertad, ni á la Libertad sin Dios; sino que se pretende servir al uno y á la otra mancomunadamente, cual si la libertad fuese emanación de Dios.

Tal, á lo ménos, es el lenguaje de M. Montalembert, en sus discursos pronunciados en Malinas. M. de Broglie ha ido más lejos, cuando ha comparado la Religión y la Libertad á dos potencias soberanas, que se tienen miedo la una á la otra, y á las cuales deben sus partidarios obligarlas á ponerse de acuerdo. M. de Falloux los ha aventajado á todos, llamando á Dios y á la Libertad, los dos polos del mundo. M. Foisset se ha expresado casi en los mismos términos, en su *Vida del P. Lacordaire*; y M. Cochin nos dice, que el más ardiente de los conjurados, al dejar su lecho de muerte para ir al otro mundo, sentía vivamente el no haber podido asistir, acá en la tierra, á la reconciliación de la Iglesia católica con la Libertad moderna.

Con estas citas, tomadas textualmente de documentos públicos, queda terminada toda discusión; pues nos suministran cuanto faltaba en la inscripción de Roche-en-Brenil; esto es el juramento solemne, que las personas reunidas en la capilla de esa quinta prestaron, y que, sin embargo, era indispensable para poder constituir una secta. En efecto, comprometerse á defender *exclusivamente* una nueva libertad de la Iglesia, que consistiría únicamente en disfrutar de las cuatro libertades constitucionales, con la máquina parlamentaria, y el sufragio popular; obligarse por un pacto común á servir á Dios y á la Libertad, como dos potencias soberanas, que, de hoy en adelante, deben marchar inseparables en sus manifestaciones terrenales, es sin duda inducir en la gran Iglesia cierta novedad, cuyo germen no se descubre en la tradición, y, por consiguiente, un error monstruoso, que debe engendrar un cisma.

buenos los hechos consumados, mirando impasibles los ataques que se dirigen á la Iglesia, se llaman *católicos* y quieren ser como tales reconocidos: esta es la escuela *católico-liberal*, condenada por el sumo pontífice Pío IX, escuela que tal vez ha causado mayores males á la Iglesia, que los mismos revolucionarios de oficio.

Por carácter y por caridad el autor de esta obra es muy tolerante con las personas, pero sería criminal si lo fuese con los errores. No nos es posible seguir otra regla de conducta que aprobar lo que la Iglesia aprueba y condenar lo que ella condena. Con el catolicismo-liberal jamás transigiremos, porque caeríamos en los mismos errores que combatimos. Mientras Dios nos conserve el uso de la razón no caeremos en la aberración de poner una vela á san Miguel y otra al diablo. No caben medias tintas en el hermoso cuadro del catolicismo.

Deseamos que el lector oiga la voz más autorizada del mundo, la voz del vicario de Jesucristo, la del sumo pontífice Pío IX, de santa memoria.

Vamos á reproducir, pues, sus mismas palabras, que merecen el más profundo respeto.

En la solemne alocución dirigida por el soberano Pontífice á una numerosa diputación de católicos franceses, que se presentó á Su Santidad, en junio 1871, después de haber manifestado su agradecimiento y su amor á la Francia, añadió:

«Quisiera, queridos hijos, que mis palabras fueran fieles intérpretes de los sentimientos de mi corazón. Lo que aflige á vuestro país, y le impide merecer las bendiciones de Dios,

es la confusión de principios. Hablaré más claro: no temo á esos miserables de la *Commune* de París, verdaderos demonios del Infierno, que recorren la tierra, nó; lo que temo es esa desdichada política vacilante, ese *liberalismo-católico*, que es un verdadero azote.

«Lo he declarado más de cuarenta veces, y os lo repito, ahora, por el amor que os profeso: lo que temo, es ese mecanismo... ¿Cómo se llama en francés?... Nosotros le llamamos en italiano *altalena*... (una voz de los circunstantes: *balancin*). Si; eso es: temo esa política de balancin, que destruye la religión en los Estados y derriba los tronos. Indudablemente es un deber el practicar la caridad, cuanto sea posible, para atraer á los descarriados; empero, para conseguirlo, no deben en manera alguna prohibirse sus opiniones.»

Acerea de esa importantísima cuestión, oigamos lo que dice el Rev. abate Julio Morel, en el Prólogo de su interesante opúsculo titulado: *Las consecuencias de la inscripción de la Roche-en-Brenil, ó pruebas de la existencia y organización del partido católico-liberal de Francia.*

«Trátase, en efecto de saber, si existe, ó nó, entre nosotros, una secta, que, en caso afirmativo, hubiera debido disolverse, y no declararse contumaz, en mayor grado, en vista de las resoluciones de la augusta asamblea del Vaticano. Ello es, que la mayoría de los que se adhirieron á la opinión de la superioridad del Episcopado sobre el Papa, ó de la inoportunidad de la definición opuesta, diéronse cita, al parecer, en el terreno del Catolicismo liberal, donde trataron de indemnizarse del error de que habían tenido que

Dícese, que M. el abate Lagrange, bajo las órdenes de su obispo, sólo se ha ocupado de la beatificación de Juana de Arc. ¡ Ah ! si Juana de Arc hubiese llevado en su bandera una inscripción, que, cuando ménos, suena mal á los oídos de los católicos, no pudiera por cierto aspirar al honor de verse colocada en los altares. Mas no ; ella estaba mejor inspirada por los santos de su devoción ; ella sabia encontrar palabras las más á propósito para unir á los cristianos, y rechazaba las que sólo eran propias para dividirlos.

¡ Oh Juana ! haz que desaparezca la inscripción de la Roche-en-Brenil ! Entonces el prelado, que ha llevado sus votos con los de la Francia entera al pié de la Cátedra apostólica, quedará mucho más autorizado para proseguir en sus nobles designios. La prudencia romana te pide milagros obrados por tu intercesión, en garantía de santidad. Intercede por obrar este primer milagro, que hoy te pedimos, y conseguirás los demás sin esfuerzo alguno. Reune todos los corazones, todos los espíritus, todas las fuerzas en rededor de Pío IX, como se reunieron todos los franceses al rededor de Carlos VII ; y cesarán, por fin, esas pruebas humillantes, á que estamos desde tanto tiempo sometidos, á causa de la división que nos debilita ; y al mismo tiempo que haremos consagrar en Reims un gran monarca, veremos como el Angel libra al gran Papa de las cadenas constitucionales, que le sujetan los piés y los brazos, y caen por tierra hechas pedazos. Entonces, si, que tendremos con toda verdad : *El Estado libre en la Iglesia libre. ¡ Fiat, fiat !*

Hasta aquí ha hablado el Rev. abate Morel.

Veamos, ahora, lo que dice Mons. Pie, obispo de Poitiers,

al fin del tomo VII de sus *Obras*. Hace un cuarto de siglo, que este ilustre prelado, desde el lugar al que lo ha elevado su privilegiada inteligencia, está observando lo que pasa en su patria.

« Desde que el párrafo décimo del *Syllabus* ha puesto el liberalismo moderno entre los errores, que en nuestros días han sido condenados, el Pontífice Romano, atento al estado de los espíritus y á los progresos del error, no ha omitido ocasion alguna de reiterar y continuar sus enseñanzas y sus decisiones sobre esta materia. Léjos de retroceder, la Santa Sede no cesa de ratificar sus afirmaciones, é insiste con nueva fuerza en las reprobaciones precedentes. Tres son los breves pontificios que mencionamos en nuestro decreto sinodal. Sin duda, estos breves no son decretos ex-cathedra, y el Bulario no los continuará entre los actos solemnes del Vicario de Jesucristo. Sin embargo, son algo más que simples Cartas privadas, ora se atienda á su destino, ora á su contenido.

« Aquellos á quienes van dirigidos, no son meros particulares, sino Asociaciones católicas á las cuales es evidente que el Jefe de la Iglesia quiere dar una Dirección doctrinal. El contenido es el desenvolvimiento y la aplicación de documentos anteriores, dirigidos al Episcopado. Estos breves son una condenación explícita y motivada del liberalismo religioso, y sería una terquedad singular el pretender conciliar, hoy más, este sistema con la ortodoxia católica. Oigamos con respetuosa docilidad la voz del guía y del doctor que Dios nos ha dado. »

I.—BREVE de nuestro Santísimo Padre el papa Pio IX, al presidente y á todos los miembros de la Asociacion católica de alemanes en Maguncia.

«PIO IX, PAPA.

»*Muy amados hijos, salud y bendicion apostólica.*

»En el momento en que vemos con extremo sentimiento, casi por doquiera, la persecucion contra la Iglesia, experimentamos una grande alegría al contemplar que vosotros, amados hijos, léjos de quedar abatidos y desanimados por los asaltos del enemigo, os mostráis más y más firmes. No os dejéis arredrar por los obstáculos que se levantan de todas partes: y aunque uno de los que más que todos los otros, debió secundar vuestra empresa, os negara su apoyo, habeis creado una Asociacion católica, que, extendiéndose por la Alemania, podrá oponer al ataque del enemigo todas vuestras fuerzas reunidas.

»No obstante, vuestra Asociacion no podria en estos momentos alcanzar su objeto, que consiste en defender la doctrina y los derechos de la Iglesia, así como el libre ejercicio de estos derechos en todo el dominio de la vida pública, si no salvaseis el estrecho limite de las cosas santas, á fin de oponeros, por todos los medios que os procura la constitucion, á la dominacion de la arbitrariedad y de esa multitud de leyes injustas dirigidas contra la Iglesia.

»En efecto, cuando todos los derechos de la autoridad eclesiástica son hollados, cuando la libertad del ejercicio

del santo ministerio se halla limitada, cuando se cierra la boca al sacerdocio, si el pueblo católico, fuerte en su derecho sagrado, no se levanta por entero para proteger su religion, no habrá ya nadie que sea bastante poderoso para poder resistir eficazmente, en el terreno de la legalidad, á los adversarios de la Iglesia, y para defenderla contra la arbitrariedad.

»Esta situacion, por lo muy lamentable, debia bastar por si sola á desvanecer la detestable ilusion, tantas veces reprobada y condenada, de que el poder civil sea el origen de todo derecho, y, por consiguiente, hasta la misma Iglesia sometida á la omnipotencia del Estado. En primer lugar, no hay ningun cristiano que ignore, que NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, «á quien fué dado todo poder, así en el cielo como en la tierra,» trasmitió este poder á su Iglesia, y esto precisamente para que enseñara á todos los pueblos del universo, sin autorizacion, y aun á pesar de las oposiciones de los príncipes; y despues, que condenó, sin exceptuar á los reyes, á todos cuantos se negaran á oír la voz de la Iglesia, y dar fé á sus enseñanzas. Así es, que hemos sabido con dolor, que este error pernicioso, no tan sólo lo defienden hoy dia hombres extraños á la Iglesia, sino que tambien lo aceptan algunos católicos.

»Hé aquí por qué vosotros, que, en medio de la perturbacion general, estais llamados por la divina Providencia á defender la Iglesia y la religion católica, así como á auxiliar al clero oprimido, no pasaréis de los limites señalados á vuestra mision, combatiendo, bajo su direccion, en las primeras filas en el combate; antes bien prestaréis en reali-

dad un gran servicio al clero cautivo, servicio que debeis considerar como un deber filial.

»Y en esta lucha, no sólo combatiréis por vuestra libertad religiosa, y por los derechos de la Iglesia, sino tambien por vuestra patria, y por toda la sociedad humana, quienes se encaminan fatalmente á la disolucion y ruina, desde el momento que les falta la base de la autoridad divina y de la Religion.

»Así, pues, dando gracias al Señor, quien, por medio de vosotros y de todos los demás fieles esparcidos por la tierra, acude al auxilio de la santa Iglesia, su Esposa, tan cruelmente atormentada; y asediado de todas partes, rogamos de todo Nuestro corazon por vuestra Asociacion; le prometemos las mejores bendiciones del cielo, y los dones más preciosos de la gracia, á fin de que no se separe del recto sendero, que no niegue jamás á la autoridad eclesiástica la obediencia que le es debida, que no se deje amedrentar por la violencia de la lucha, y no mengüe nunca su buen celo.

»Entre tanto, como prenda de la gracia divina, y como testimonio de Nuestra paternal benevolencia, damos con amor á vosotros y á vuestra noble tarea la Bendicion Apostólica.

»Dado en Roma, en San Pedro, el 10 de febrero de 1873, vigésimo séptimo año de Nuestro Pontificado.

»PIO IX, PAPA.»

En este Breve no figura el nombre de liberalismo católico, como en los demás; pero no por esto deja de repro-

barse: porque la doctrina liberal, «aceptada por algunos católicos,» y condenada por la Santa Sede como un «error pernicioso,» no es otra cosa que el liberalismo católico.

II.—BREVE de Nuestro Santísimo Padre el Papa, Pio IX, al círculo de la Juventud católica de San Ambrosio de Milan.

«PIO IX, PAPA.

«*Queridos hijos, salud y bendicion apostólica.*

»En medio de los tiempos calamitosos por que atraviesa la Iglesia, sirve de gran lenitivo á nuestro dolor, el celo de esos católicos, que, viendo las persecuciones de que es objeto la Religion, y el peligro que amenaza á sus hermanos, tienen el santo valor de profesar paladinamente su fé, redoblan sus esfuerzos para alejar del peligro á sus hermanos, se dedican con creciente ardor á las obras de misericordia, y cifran su principal gloria en presentarse estrechamente unidos á Nos, humildemente sometidos á esta Cátedra de verdad y este centro de unidad.

Semejante actitud es, en efecto, el signo característico, por medio del cual se conoce á los verdaderos hijos de la Iglesia, y constituye esa fuerza inexpugnable de la unidad, que es el dique contra el cual se estrellan el furor, el engaño y la audacia de sus enemigos. Cualquiera que examine atentamente el carácter de la guerra declarada á la Iglesia, observará, sin gran trabajo, que las maquinaciones de los que la combaten tienden á destruir su constitucion y á desatar los lazos que unen á los pueblos con los Obispos y á

éstos con el Vicario de Jesucristo, al cual se le ha despojado de sus dominios temporales, y sometido á una potencia extranjera, para que, privado de libertad, se viese imposibilitado de gobernar á la gran familia católica. Por eso principalmente dirigen sus tiros contra Él : atacan al pastor, para que se dispersen las ovejas.

Sin embargo, por más que los hijos del siglo sean más hábiles que los hijos de la luz, sus tramas y sus violencias les darian ménos resultado, si un gran número de los que llevan el nombre de católicos no les tendiese una mano amiga. Si; desgraciadamente existen algunos católicos, que, proponiéndose, al parecer, ir de acuerdo con nuestros enemigos, se esfuerzan en contraer alianzas entre la luz y las tinieblas, entre la justicia y la iniquidad, por medio de esas doctrinas católico-liberales, que, apoyándose sobre perniciosos principios, aprueban los actos del poder laico, cuando invade la esfera espiritual, y aconsejan el respeto, ó á lo ménos la tolerancia respecto á las leyes que rebosan iniquidad, olvidándose por completo de que esté escrito que *nadie puede servir á dos señores*.

Pues bien; estos tales son más peligrosos, y más funestos que los enemigos declarados, en razon á que secundan los esfuerzos de estos últimos sin ser notados, y, á veces, sin poner de manifiesto sus opiniones. Colocándose casi en el límite de las ideas ó principios solemnemente condenados, se engalanan con la apariencia de la verdadera honradez y doctrina sin mancha, atrayendo de esta suerte á los amantes indiscretos de conciliaciones imposibles, y seduciendo á las personas de buena fé, que, sin esa apariencia, sabrían

oponerse fuertemente á un error manifiesto. De esta suerte dividen los ánimos, rasgan la unidad y debilitan las fuerzas, que convendría reunir en un solo haz, para revolverlas contra el enemigo.

Sabed, sin embargo, que dejaréis de ser víctimas de sus asechanzas si teneis siempre presente este sabio consejo: *Por sus frutos les conoceréis*. Observad cómo no pueden ocultar su despecho contra todo acto que prevenga una obediencia inmediata, entera, absoluta á los decretos y advertencias de la Santa Sede; cómo al hablar de ella la califican desdeñosamente de *corte romana*; cómo acusan todos sus actos de imprudentes ó inoportunos; cómo llaman ultramontanos y jesuitas á los más celosos y obedientes hijos de la Iglesia; cómo, en fin, hinchados de orgullo y vanidad, se consideran más sabios que la Iglesia, á la que fué prometida una especial, divina y eterna asistencia.

En cuanto á vosotros, hijos míos, acordaos que al soberano Pontífice, que es el Vicario de Dios sobre la tierra, corresponde decidir cuanto se relaciona con la fé, con las costumbres y el gobierno de la Iglesia, á tenor de lo que el mismo Jesucristo ha dicho: *Aquel dispersa que no reúne conmigo*. Haced, pues, consistir vuestra sabiduría en una obediencia absoluta y espontánea, y en una constante adhesión á la Cátedra de Pedro. Vivificados con el mismo espíritu, y poseídos del mismo sentimiento y de la misma idea, contribuiréis á robustecer esa unidad que es menester oponer á los enemigos de la Iglesia.

Para este fin os deseamos los socorros celestiales, y la abundancia de dones que puede dispensar el Altísimo. Y

como presagio de estas gracias, como prenda de nuestra paternal benevolencia, os damos, queridos hijos, del fondo de nuestro corazon la bendicion Apostólica.

Dado en Roma, en San Pedro, á 6 de marzo de 1873, año vigésimo séptimo de Nuestro Pontificado.

PIO IX, PAPA.

III.—BREVE de nuestro santísimo padre el Papa Pio IX, dirigido á la federacion de los círculos católicos de Bélgica.

*A nuestros queridos hijos, el Senador Caunaert d'Hamaele, presidente, y miembros de la Federacion de los Círculos católicos en Bélgica.*

PIO IX, PAPA.

*Queridos hijos, salud y bendicion apostólica.*

Mientras que la situacion de la Iglesia se hace cada vez más penosa, y crece la impudencia de aquellos que conculcan su autoridad, así como la persistencia de los que se proponen disolver la unidad católica, y arrancarnos los hijos que nos pertenecen; nos sirve de gran consuelo, queridos hijos, observar cómo la llama de vuestra fé resplandece cada vez más viva y brillante, aumenta vuestro amor á la religion, y vuestra adhesion á la Cátedra de san Pedro. Con el noble propósito, no sólo de hacer inútiles los esfuerzos de la impiedad, sino también con el de estrechar los lazos con que los fieles están unidos á Nos, trabajais de comun acuerdo, empleando vuestra inteligencia, vuestra energia,

vuestros recursos. En tan generosa empresa, lo que hallamos más digno de alabanza es, según se nos asegura, vuestra decidida aversion á los principios *católico-liberales*, que os esforzais en borrar de todas las inteligencias.

Los que profesan estos principios, es cierto que hacen gala de amor y respeto á la Iglesia, y que consagran, al parecer, á la defensa de la misma cuanto valen y poseen; sin embargo, desgraciadamente no trabajan ménos en pervertir el espíritu y doctrina de la misma Iglesia, y cada uno de ellos, siguiendo la indole especial de su carácter, ya ofrece servicios á la majestad de un César, ó bien se alista en las filas de los fecundos inventores de falsas libertades. Creen malamente, que es de todo punto indispensable seguir este camino, para alejar cualquier motivo de disensiones, para conciliar el Evangelio con el progreso de la sociedad actual, y para restablecer el orden y la tranquilidad; como si fuera posible la coexistencia de la luz con las tinieblas, y como si la verdad pudiese persistir siendo tal en el momento en que se la violenta, desviándola de su verdadera significacion, y despojándola de aquella firmeza que es inherente á su propia naturaleza.

Tan insidioso error es más peligroso que una enemistad declarada, puesto que se cubre con el esplendente manto del celo y de la caridad: esforzándoos vosotros en combatirle, y en alejar del mismo á las gentes sencillas, conseguiréis extirpar la raíz de nuestras discordias, y trabajaréis eficazmente en la santa obra de la union de las almas.

Ciertamente no sois vosotros, los que necesitais estas advertencias, vosotros que habeis estado siempre sometidos á



las enseñanzas emanadas de la Santa Sede Apostólica; vosotros, que habeis visto condenar tantas veces los principios liberales; pero el deseo de facilitar vuestros trabajos, y de hacerlos más fructuosos, nos ha movido á recordar un punto que, hoy día, tiene gran importancia.

Continuad, pues, en vuestra noble tarea, y esforzaos en merecer bien de la Iglesia de Dios, teniendo presente la corona de gloria que será vuestra recompensa. Entretanto tenemos la mayor satisfacción en manifestaros nuestro agradecimiento por los servicios que prestais á la santa causa, y pedimos con fervor al cielo, que vuestra sociedad adquiera un creciente desarrollo, acompañado de la abundancia de bendiciones celestiales. El presagio de estos favores sea la bendición apostólica, que os otorgamos, queridos hijos, con la mayor ternura, en prenda de nuestra paternal benevolencia.

Dado en Roma, en San Pedro, á los 8 de mayo 1873, año vigésimo séptimo de Nuestro Pontificado,

PIO IX, PAPA.

IV. — BREVE de nuestro Santísimo Padre el Papa Pio IX al vizconde de Morogues, presidente, y a todo el Consejo del Comité católico de Orleans.

«PIO IX, PAPA.

«Querido y noble hijo, salud y bendición Apostólica.

«Nos felicitamos de que tambien vosotros os hayais asociado para combatir la impiedad, que pugna sin cesar para derribar el órden de cosas establecido; y vemos, con suma

satisfacción, que os proponéis dar comienzo á vuestras luchas bajo venturosos auspicios, pidiendo el auxilio y bendición de esta Sede Apostólica, á quien tan sólo está prometida una constante victoria sobre las potencias de las tinieblas.

«Pero, si bien es cierto que debéis sostener la lucha contra la impiedad, no lo es ménos que no debéis temer tanto quizás de esta parte, como de la que os presentará un grupo amigo, compuesto de hombres imbuidos en aquella doctrina equivocada, que, al propio tiempo que rechaza las consecuencias extremas de los errores, sostiene y alimenta obstinadamente el primer gérmen, y que, no queriendo aceptar la verdad por entero, ni tampoco rechazarla enteramente, se esfuerza en interpretar los mandamientos de la Iglesia de manera que se armonicen, en cierto modo, con sus propios sentimientos.

«Porque hay todavía, hoy, personas, que aceptan las verdades recientemente definidas, tan sólo por un puro esfuerzo de voluntad, y esto para evitar que se les acuse de cismáticos, y para engañar su propia conciencia; pero, *sin haber depuesto en modo alguno el orgullo que se levanta contra la ciencia de Dios, ni sometido su inteligencia al dominio y obediencia de JESUCRISTO.*

«Si semejantes opiniones se hubiesen deslizado secretamente en vuestro ánimo, y le dominaran, no podríais de seguro confiar en aquella firmeza y en aquella fuerza que son las únicas que pueden dar una perfecta adhesión al espíritu y doctrinas de la Cátedra de Pedro; y por esta razón, no solamente no os hallaríais en estado de poder sostener